

Campañas de Cevallos y fortificaciones, 1762-1777

Lic. Juan Carlos Luzuriaga
Instituto Militar de Estudios Superiores
alpiedelamuralla@adinet.com.uy

En la segunda mitad del siglo XVIII, bajo el reinado de Carlos III, se desarrolló en América meridional una sucesión de campañas en un período de menos de veinte años: se combatió por la soberanía española en mar y tierra entre las islas Malvinas y la isla de Santa Catalina; se disputaron la Colonia del Sacramento y las fortificaciones de Santa Teresa, San Miguel y San Pedro de Río Grande, en los territorios que hoy corresponden a la República Oriental del Uruguay y al estado brasileño de Río Grande del Sur.

La fundación de Montevideo, en 1726, fue la respuesta a la expansión de Portugal hacia el oeste, donde desde 1680 Colonia del Sacramento se había convertido en un puñal para las posesiones españolas en el sur de América. También respondía a la amenazadora presencia británica manifestada ya por el almirante George Anson en su expedición de 1740 y la ocupación de las Malvinas en 1767. En un lapso de veinte años la fundación de Maldonado, el apostadero de Montevideo, la reconquista de Colonia y fundamentalmente la creación del virreinato del Río de la Plata consolidaron la presencia española en el Cono Sur de América, que integró definitivamente estas comarcas en la órbita hispanoamericana.

Figura preponderante en todas estas acciones fue don Pedro de Cevallos, tanto como gobernador de Buenos Aires como en su carácter de primer virrey del Río de la Plata. Fue una guerra de fuertes y fortalezas, de desplazamientos y victorias estratégicas, junto con triunfos tácticos. Definió la permanencia de la Banda Oriental en el ámbito hispanoamericano y expulsó a los portugueses de la Colonia del Sacramento.

La estrategia defensiva de la corona española en América

La extensión de los dominios americanos, la lejanía de la metrópoli y las dificultades que existían para comunicarse en el siglo XVIII hacían que la estrategia de la corona española en América fuera eminentemente defensiva. Gran Bretaña, tradicionalmente enfrentada con España, mantuvo durante toda la centuria una superioridad naval estratégica que le permitía desplazar sus fuerzas entre Europa y América sin mayor oposición. Esto le posibilitaba elegir el territorio donde atacar y en él concentrar su esfuerzo. Portugal, secular aliado de los ingleses, seguía una política de expansión terrestre que se apoyaba por partes iguales en las debilidades de la corona española durante el reinado del último monarca de la casa de Austria y en las dificultades de los primeros Borbones. Los lusitanos sostenían esa política de expansión hacia las tierras del oeste a través de aventureros en busca de riqueza, los bandeirantes. Para enfrentar estas amenazas, Madrid dispuso en la segunda mitad del siglo XVIII una tríada defensiva conformada por la escuadra, las fuerzas terrestres y una red de fortificaciones.

Las fuerzas propias y destinadas en América tenían como objetivo principal la defensa del territorio. Sus posiciones fortificadas eran en la segunda mitad del siglo XVIII parte relevante en esta estrategia que tenía características particulares:

Una plaza que en este continente [Europa] se tendría con justo motivo por débil, estando expuesta a ser sitiada por numerosos ejércitos bien provistos, es muy defendible en América, donde

los costos de las expediciones, la intemperie del clima, la facilidad con que los víveres se corrompen, los pocos recursos que proporciona el país para la subsistencia y las demás circunstancias locales dificultan mucho el buen éxito de una invasión.^{1 2}

La Banda Oriental tenía una posición geopolítica clave en el siglo XVIII, entre las posesiones portuguesas y españolas. Se presentaba como la extensión lógica del virreinato del Brasil por el sur, que ya se había asegurado la posesión de Río Grande. Los beneficios de su ocupación eran varios. En el ámbito regional ello habilitaba a los lusitanos el ingreso a las cuencas de los ríos Uruguay y Paraná, además de servirles de enlace con la Colonia del Sacramento.

Esas campañas de defensa de los dominios americanos de Carlos III se desarrollaron en mar y tierra a miles de kilómetros de la metrópoli. Las motivaron el deseo de defender la integridad de la región rioplatense y a la vez el intento de recuperar parte de los territorios ocupados en siglos de expansión portuguesa. En América del Sur los esfuerzos se concentraron en las islas Malvinas y de Santa Catalina, así como en la franja costera entre Colonia y San Pedro de Río Grande. La ausencia de caminos adecuados y las inclemencias del tiempo, particularmente en el Atlántico Sur, ocasionaron importantes naufragios y diversos percances.

Las rutas de invasión

Desde el sur del Brasil hacia la Banda Oriental había tres puntos de pasaje obligado. Uno de ellos, al sur, atravesaba un sistema de pantanos y barras de arena costera. Era el camino conocido al principio como Castillos Grandes y más tarde como La Angostura, sobre el océano Atlántico. El informe de un contemporáneo, Joaquín del Pino, revela la importancia del lugar:

Llaman a este sitio la Angostura, tal vez por ser un paso estrecho, preciso para venir del Río Grande a Maldonado y Montevideo, y para ir de estos allá; por cuya circunstancia se contempló muy útil su conservación. ³

Por lo expuesto por Del Pino, es evidente la importancia estratégica del lugar. Quien dominase la Angostura poseía el mejor camino a Río Grande y a la Banda Oriental. Se trataba de un punto clave de defensa y ataque, como lo demostraría la campaña de 1776-1777. En él estaban ubicadas las fortificaciones de San Miguel y Santa Teresa.

Tácticas y estrategias del siglo XVIII: la guerra de asedio

Durante el siglo XVIII la estrategia de la mayoría de los generales se basaba en el desplazamiento de sus ejércitos a efectos de conformar una superioridad táctica que obligase al enemigo a retirarse, o a rendirse si estaba ubicado en una plaza fortificada. Se procuraba evitar las batallas, que debían librarse a corta distancia, debido al poco alcance de los fusiles de la época, y resultaban entonces con grandes bajas para ambos bandos. El costo de mantenimiento de los ejércitos era muy alto, y se hacía muy difícil reponer las pérdidas tanto humanas como materiales. En cambio, un ejército operativo siempre era una amenaza. Normalmente se lo mantenía en acuartelamientos o en plazas fortificadas para emplearlo en el momento oportuno. En estas realidades buen número de los

¹ Juan Marchena Fernández, *Oficiales y soldados en el Ejército de América*, p. 170. Cita carta de Gálvez, Aranjuez, 15 mayo 1779. AGI Santa Fe, 557-A.

² En las citas de documentos de la época se ha actualizado la ortografía.

³ Reproducido de *Fortaleza Santa Teresa*, Estado Mayor del Ejército, Departamento de Estudios Históricos, Montevideo, p. 5.

combates y batallas se producían entre fuerzas que mantenían el sitio a una plaza fuerte y los ejércitos que se acercaban para liberar a los asediados.

La artillería desde el siglo XV había vuelto obsoletos los castillos medievales. Ante la nueva realidad se comenzó a construir un nuevo tipo de fortificaciones. Se incrementó el grosor de los muros y se aumentaron los ángulos de las murallas para que los atacantes tuvieran que hacer fuego en ángulo oblicuo. Desde el siglo XVI se fueron desarrollando por un lado las piezas de artillería y por otro los sistemas de fortificaciones. Italianos, holandeses, españoles y franceses estuvieron en la vanguardia en las técnicas de asedio y defensa.

Las fortificaciones que se erigían en el siglo XVIII seguían en líneas generales el llamado sistema Vaubán. El nombre alude a un prestigioso ingeniero militar francés, Sebastián Le Presté, señor de Vaubán (1633-1707). Vaubán había estudiado cómo construir obras defensivas eficaces ante las armas de fuego. Mientras el castillo medieval tenía altos muros y torres para dificultar el asalto de la infantería enemiga, Vaubán concibió fortificaciones de relativamente poca altura y muy resistentes al fuego de artillería. Los vértices de estos fuertes estaban defendidos por baluartes en los que se colocaba artillería. Los baluartes se protegían entre sí, al tiempo que podían realizar fuego cruzado para incluso concentrarlo sobre algún blanco. Estaban unidos por un muro de piedra denominado cortina.

Algunas ciudades contaban también con un núcleo dentro de las fortificaciones: la ciudadela. Se ubicaba dentro de la línea de defensa como un bastión de última resistencia.

Generales y artilleros comenzaron a estudiar con detenimiento el ataque a las fortificaciones. Vaubán había ganado aún más fama por su desarrollo de las técnicas de asedio. En principio, la primera medida que se tomaba era intimar la rendición y al mismo tiempo establecer trincheras en las cercanías de la ciudad asediada. Luego se establecerían nuevas posiciones protegidas, cada vez más cerca del objetivo. Uno de los elementos que se tomaban en cuenta era el agotamiento de víveres y pertrechos de los defensores. Así, en el siglo XVIII el ataque a una fortificación se había convertido en muchos sentidos una cuestión matemática. Siempre se podía estimar en días las posibilidades de defensa de una guarnición. Los cuarteles y otros fuertes cercanos eran elementos clave para la construcción y la defensa de una posición.

En la estrategia de asedio lo ideal era rendir la plaza fuerte enemiga con las menores bajas propias posibles. De esa forma, la última decisión era el asalto. En ese caso se debía combinar la psicología con la acción. Para doblegar la voluntad del comandante de la fortaleza enemiga se le debía asegurar que su proceder era en un todo honorable, que no resultaba indigno entregar su fortificación teniendo en cuenta las fuerzas con que contaba y la resistencia que había opuesto.

Fortificaciones en América meridional: San Miguel y Santa Teresa

Los orígenes del fuerte de San Miguel, el más antiguo de la región del Plata, se remontan a 1734. Para 1762 tenía quince cañones y dos morteros; su guarnición contaba con cerca de un centenar de hombres. En 1762 el gobernador de Río de Janeiro, conde de Bobadela, destacó al coronel Tomás Luis Osorio para construir una nueva posición fortificada en la zona de la Angostura. Ya iniciada la obra, en 1763 fue capturada por las fuerzas españolas.

Una de las características de las operaciones de los ejércitos expedicionarios en América era el gran espacio en que debían desplazarse las fuerzas. En el caso de los contingentes españoles en el sur del continente, el teatro de operaciones abarcaba desde la Colonia del Sacramento hasta el Río Grande de San Pedro, a miles de kilómetros de distancia. El terreno era muchas veces inhóspito y con pocos centros poblados, por lo cual los contingentes debían en parte autoabastecerse. Distancias largas y clima llevaban a que las bajas por enfermedad fueran muchas, a veces más que las que se producían en batalla. Con frecuencia esto hacía necesario dotar de carros y animales a la

mayor parte de las tropas, incluso las de infantería. Esas grandes distancias significaban una gran exigencia para las líneas de abastecimiento, si bien en las comarcas del Río de la Plata proveerse de carne era bastante sencillo.

La guerra de 1762 y 1763 en América

El general Pedro de Cevallos

Pedro Fermín de Cevallos Cortés y Calderón había nacido el 29 de junio de 1715. En 1755, con el rango de teniente general, se lo nombró gobernador de Buenos Aires, cargo en el que permaneció hasta 1766. En ese año regresó a la metrópoli. En 1777 desde España encabezará una gran fuerza combinada de ejército y marina para frenar la expansión portuguesa en América.

Cevallos toma Colonia

La campaña del este. Ocupación de San Miguel y Santa Teresa

Guerra sorda en el Sur de América 1764 - 1774

Las operaciones de 1773

Combate de Tabatingá

Ofensiva portuguesa en Río Grande: 1775-1776

Sumando fuerzas

Conquista de San Martín y Santa Tecla

Ataque a la villa de Río Grande

La expedición de Pedro de Cevallos 1776-1777

La fuerza expedicionaria

De Cádiz a Santa Catalina

Las fortificaciones portuguesas de Santa Catalina

Numerosas y bien equipadas eran las defensas de Santa Catalina. De norte a sur: castillo de Ponta Grossa (31 piezas de artillería y una guarnición de alrededor de 300 hombres); castillo de Santa Cruz (56 cañones); fuerte de Ratones (14 cañones); fuerte de San Francisco (10 cañones); fuerte de San Luis (7 cañones), y batería de Santa Ana (7 cañones). Además de las instalaciones

militares, la propia villa de Santa Catalina ubicada frente al estrecho, contaba con un cañón y un obús.

Abandonados por su escuadra, los portugueses contaban con unos 3200 soldados más algunas compañías de milicias. Estaban al mando del mariscal Antonio Carlos Furtado de Mendoza.

El Tratado de Paz de San Ildefonso de 1777

El 11 de junio de 1777 el rey dirigía una carta al virrey del Río de la Plata en la que le ordenaba cesar las hostilidades. En ella expresaba:

[...] he convenido ahora con la reina Fidelísima mi amada sobrina en una entera cesación de armas que pasa desde luego que recibáis esta mi Real cédula se acaban absolutamente de presente y de futuro las hostilidades y toda efusión de sangre.⁴

El 1.º de octubre, españoles y portugueses firmaban el Tratado de San Ildefonso.

El tratado otorgaba a España la Colonia del Sacramento y las Misiones jesuíticas orientales del Paraguay. Portugal, además, prometía renunciar a sus aspiraciones sobre las Filipinas y las Marianas y entregar a España las islas de Fernando Poo y Annobón. A cambio, Portugal conservaría Río Grande de San Pedro y recuperaría la isla de Santa Catalina. De hecho, el Tratado reconocía realidades difíciles de modificar: la población de los lusitanos en lo que hoy es Río Grande del Sur y el aislamiento de la Colonia del Sacramento a fines del siglo XVIII.

Don Pedro de Cevallos, primer virrey del río de la Plata, arribó a Buenos Aires el 15 de octubre de 1777. Fue recibido como correspondía a su jerarquía y a las expectativas en él depositadas en la ciudad de la que había sido gobernador. En 1778, luego de un corto período de gobierno en el que propulsó medidas administrativas y de comercio, Cevallos dejó en su lugar a Juan José de Vértiz, propuesto por él, que había sido designado por real despacho del 27 de octubre de 1777. Cevallos se embarcó ya enfermo en el Serio el 26 de junio, hacia el puerto de Cádiz, adonde arribó el 17 de septiembre. Falleció el 26 de diciembre de ese año en la ciudad de Córdoba, a los 63 años.

Conclusiones

Las campañas de Cevallos pueden encuadrarse en el tipo de campañas militares características del siglo XVIII en Europa: grandes desplazamientos de fuerzas de tierra e incluso flotas, sitios en forma y regla, atención a numerosos aspectos formales y cortesía militar.

Había, sin embargo, diferencias apreciables entre estos eventos americanos y los que sucedían en el viejo mundo. Una de ellas era la distancia de los centros de poder: 10 000 millas por mar, que insumían por lo menos cuatro meses y medio de navegación en el océano Atlántico. Otra era el número de las fuerzas enfrentadas: en América, unos centenares de hombres de más o de menos resultaban decisivos para afianzar o perder una posición. Con pequeños contingentes se podía conquistar inmensos territorios que luego había que controlar. Esto era igual para portugueses y españoles. Al mismo tiempo, alejarse tanto de lugar de asentamiento era una experiencia arriesgada. Debe tenerse en cuenta también que todos estos desplazamientos se hacían principalmente por las zonas costeras, naturalmente las más pobladas; no obstante, en la segunda mitad del siglo XVIII se podía marchar días y días por la costa de la Banda Oriental y del sur del Brasil con muy esporádicos encuentros con habitantes.

⁴ Enrique M. Barba: *Don Pedro de Cevallos*, Buenos Aires: Rioplatense, 1978, p. 264.

Desde el punto de vista militar se debe señalar el papel de la disuasión por la fuerza que efectuó en forma más que evidente don Pedro de Cevallos. No solo desplazaba los contingentes militares y navales en forma estratégica, sino que también empleaba con maestría la presión psicológica sobre sus adversarios. Por ejemplo, su bombardeo y amenaza en Colonia en 1762 logró ahorrarle un asalto que sin duda habría sido sangriento para las dos partes. Lo mismo puede decirse de la toma de Santa Teresa y la rendición de San Miguel, meses más tarde. Quince años después, ante las fortalezas de Santa Catalina, la visión de la gran escuadra de Casa Tilly y el imponente contingente terrestre que transportaba convencieron rápidamente a gobernadores y militares portugueses de la inutilidad de una resistencia y las ventajas de la rendición. Lo mismo ocurrió nuevamente en Colonia, a la que España conquistó por segunda vez.

Por entonces España obtuvo las islas de Fernando Poo y Annobón, que pasaron a depender militarmente de Buenos Aires y de su apostadero: Montevideo. Paralelamente, la creación del virreinato del Río de la Plata permitiría conservar mejor unas tierras que cada vez tenían mayor importancia. El peligro de la expansión portuguesa desapareció prácticamente por treinta años, hasta el fin del reinado de la corona española en el Atlántico Sur. El virreinato significó la maduración de la presencia de España en el sur de América.

Cronología

1494. Tratado de Tordesillas. Los dominios de Portugal se extienden a 370 leguas de Cabo Verde.

1680. Manuel de Lobo funda la Colonia do Sacramento. Ese mismo año es conquistada por el gobernador de Buenos Aires, José de Garro.

1681. Por acuerdo de Castilla y Portugal se vuelve a la situación jurídica anterior a la captura de Colonia.

1705. Baltasar García Ros, gobernador de Buenos Aires, ocupa Colonia y destruye sus fortificaciones.

1715, 6 de febrero. El tratado de Utrecht reconoce la soberanía de Portugal en Colonia.

1723. En la bahía de Montevideo instala colonos Manuel da Freitas da Fonseca.

1724. Bruno Mauricio de Zabala desaloja a da Fonseca y funda Montevideo.

1735-1737. El gobernador de Buenos Aires, Miguel de Salcedo, intenta conquistar Colonia.

1750, 13 de enero. Un tratado de límites otorga las Misiones jesuíticas a Portugal, a cambio de Colonia.

1760, 15 de febrero. Un nuevo tratado entre las coronas ibéricas vuelve a la situación anterior.

1761, 12 de febrero. Convenio de El Pardo.

1761, 15 de febrero. Tercer Pacto de Familia entre España y Francia.

1762-1763. Guerra entre Portugal y España. En América, Pedro de Cevallos conquista Colonia, derrota a una flota anglo-portuguesa y conquista las fortalezas de Santa Teresa y San Miguel.

1770. El capitán Juan Ignacio de Madariaga desaloja a los ingleses de las Malvinas.

1774. El gobernador Vértiz ocupa posiciones en Río Grande.

1776. Las fuerzas de Böhm reconquistan Río Grande del Sur y Santa Catalina.

1776, 1.º de agosto. Se crea el Virreinato del Río de la Plata y se encomienda a su primer virrey, Pedro de Cevallos, expulsar a los portugueses de las posesiones españolas en América del Sur.

1777. Cevallos arriba a Santa Catalina.

1777, 4 de junio. Colonia se rinde a Cevallos.

1777, 1.º de octubre. Tratado de San Ildefonso.

Bibliografía

Libros

ALBI, Julio: La defensa de las Indias (1764-1799), Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, Ediciones Cultura Hispánica, 1992.

BARBA, Enrique M.: Don Pedro de Cevallos, Buenos Aires: Rioplatense, 1978.

BEVERINA, Juan: La expedición de don Pedro de Cevallos (en 1776-1777), Buenos Aires: Rioplatense, 1977.

Campaña del Brasil. Antecedentes coloniales, tomo III, Archivo General de la Nación, Documentos, Serie dirigida por Ismael Bucich Escobar, Buenos Aires: Kraft, 1941.

ESTADO MAIOR DO EXÉRCITO: História do Exército Brasileiro, Brasília y Río de Janeiro, 1972.

ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO: Fortaleza Santa Teresa, Montevideo: Estado Mayor del Ejército, Departamento de Estudios Históricos, 1976.

JÖRGENSEN, Christer, et al.: Técnicas bélicas del mundo moderno, 1500-1763. Equipamiento, técnicas y tácticas de combate, Madrid, LIBSA, 2007.

GAMMALSON, Hjalmar Edmundo: El virrey Cevallos, Buenos Aires: Plus Ultra, 1976.

MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan: Oficiales y soldados en el Ejército de América, Sevilla: CSIC, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1983.

RIVERÓS TULA, Aníbal M.: «Historia de la Colina del Sacramento (1680-1830)», en Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, N° XXII, Montevideo, 1959.

TÉLLEZ ALARCIA, Diego: La manzana de la discordia, Montevideo: Torre del Vigía, 2006.

Revistas

VEGA CASTILLOS, Uruguay: «La marcha de Cevallos por las tierras del Este (1763)», en Boletín del Departamento de Estudios Históricos del Ejército, 287-290, Montevideo, 1993

ÁLVAREZ MASSINI, Ruben: «Montevideo y la expedición de 1777», en Boletín Histórico del Ejército, N° 327-330, Montevideo, 2006.